

ma, sobre todo, antes que los Pontífices comenzasen á secar las Lagunas Pónticas. A pesar de todos los remedios no podía sanar aquel Padre. Escribióle José que se hiciera conducir á Roma, pero el enfermo no tuvo ni fuerzas ni ánimo. Volvió á la carga nuestro Santo el 19, porque profesaba afecto especial á aquel Padre. «Si no puede venir á Roma V. R., donde tendrá todos los remedios necesarios, iré yo mismo á cuidarle á Frascati, aunque sea á pie, pues no puedo dejarle en la necesidad». No podía permitirlo el P. García, y en la misma tarde salió en una silla de manos. Apenas había andado una milla, se rompió la silla, y aunque no estaba en estado de moverse, y mucho menos de andar, por obedecer á su bienaventurado Padre, creyó estaba obligado á continuar el viaje á pie, y lo hizo lleno de fuerza, como si nunca hubiera estado enfermo. Llegó la noche, y apareció una carroza tirada por seis caballos; le hicieron subir, y llegado á San Pantaleón, las oraciones de José le restituyeron pronto la salud. En cuanto á la carroza nunca pudo saberse á quién pertenecía, de dónde había ido, ni cuál era su paradero.

A principios de 1630 estaba en la enfermería con doble terciana el clérigo Angel Domenici. Habiéndolo visitado el Santo como lo tenía de costumbre con todos los enfermos, le leyó el pasaje del Evangelio de San Marcos que comienza con estas palabras: *Estando sentados á la mesa los once discípulos...* (1) Cuando llegó á aquellas palabras de nuestro Señor: «Pondrán las manos sobre los enfermos, y quedarán sanos», puso la mano en la frente del enfermo, rezó la oración *pro infirmo*, y le dijo: «Esté V. seguro de que no volverá la fiebre.» En efecto, se levantó el enfermo curado de repente.

Hacia fines de mayo de 1636, cayó gravemente enfermo en Frascati el P. García de Castilla, á quien José llamaba ordinariamente con el nombre de su patria. Se hizo saber al General la gravedad de su estado, y contestó el 3 de junio: «Sólo Dios sabe la pena que me causa la enfermedad del P. Castilla. Todos hacemos oración por su salud; por amor de Dios mando á V. R. que no omita ninguno de los remedios prescriptos. Hace cinco ó seis días que no me permite montar á caballo la hinchazón de los pies: si alguna carroza saliera para esa, aprovecharía la ocasión para ir á verle. Entre tanto, déme V. R. frecuentes noticias del enfermo.» Conformándose con aquella orden el Superior de Frascati, hizole saber al día siguiente que el enfermo empeoraba, que le habían desahuciado los médicos, y que moriría al día siguiente. «Anuncie V. P. á los Padres, le contestó, que el P. Castilla esperará á que llegue yo.» Dos días después, trató el P. General de viajar montado en un borrico, pero como el animal iba demasiado despacio, y no quería golpearle, bajó á mitad de camino, y á pesar de la enfermedad de las piernas, trató de acelerar el paso. Por las precauciones que

(1) *Recumbentibus undecim discipulis* (Marcos. XVI. 14).

se tomaban contra la peste, iban á cerrar las puertas de Frascati, cuando llegó el asno el primero libre como iba de su carga. Comprendieron los guardias que debía ir detrás á pie algún caballero, y tuvieron la amabilidad de esperarle: en efecto llegó José media hora más tarde. Fué recibido en la ciudad como un Santo, hallando al P. Castilla que apenas respiraba, y sin poder hablar. Le abrazó tiernamente, y le dijo: «Esté tranquilo V. R., que por esta vez no morirá.» Al contacto de su Superior recobró el habla el P. García, se sintió aliviado, y tres días después estaba enteramente sano.

El 27 de abril de 1631, le escribían: «Atacado de una fiebre que no le deja un momento, está enfermo el P. Cassani, y se halla en peligro de muerte.» Gran pesar causó la nueva á José, ya porque lo amaba tiernamente, ya también, porque se retrasaría el Capítulo General. Pidió á Dios con todo fervor que le conservara aquel Dignatario de su Orden, y predijo al P. Provincial que no moriría ni de aquella enfermedad, ni de otra mucho más peligrosa que tendría en Roma, pero que moriría antes que él, aunque era más joven. Y se verificó la profecía.

Creíase á punto de morir el Hermano Juan Macari, de 73 de edad: confortólo el Santo, asegurándole que viviría aún doce años, y se cumplió á la letra.

Son verdaderamente asombrosos estos milagros y son al mismo tiempo innumerables: quizá sean pocos los santos que han hecho tantos: y no obstante hay algo más asombroso aún, la insensibilidad de sus enemigos ante prodigios tales. ¿Cómo no se conmovieron más sus Superiores mayores? ¿Cómo se atrevieron á poner sus manos sobre aquel amigo de Dios, sobre aquel taururgo? Es un misterio que ya en su tiempo hizo notar San Pablo. «Las profecías son para los fieles, y no para los infieles»; y dijo también el profeta: «Endureceré sus corazones para que viendo no vean, y entendiendo no entiendan.» En esta historia hemos hecho notar ya varias veces aquellos dones de profecías y milagros: pero permitía el Señor que aumentasen aquellas maravillas á medida que bajo las manos de los hombres era más humillado nuestro Santo. Era especie de compensación de sus padecimientos, ya para robustecer la fe de sus discípulos, ya para condenación de sus numerosos y potentes adversarios. Seguiremos el orden de los tiempos, para presentar mejor el paralelismo entre sus desgracias y sus prodigios, y los adelantamos en los capítulos siguientes para que aparezcan juntos sus principales milagros, no volviendo ya á ocuparnos en ellos.

Habiendo ido San José á visitar su casa de Norcia, llegó allá hacia las tres de la mañana. Estaban cerradas las puertas de la ciudad; pero, como estaban adosadas á los muros de la puerta de San Lorenzo la casa y la Iglesia, llamó al Superior el compañero de José, para que hiciera abrir. Muy felices se consideraron los Religiosos al saber que estaba allí su Padre; pero ¿cómo hacer abrir la puerta tan de mañana? «Entonces dijo el Santo, ábrame

»á lo menos la puerta de la Iglesia, para visitar el Santísimo Sacramento.» Inmediatamente fueron los Religiosos á ejecutar la orden sin darse cuenta de lo que hacían, porque estaba dentro de los muros la puerta de la Iglesia. Grande fué su asombro, cuando encontraron á José y á su compañero arrodillados delante del Sacramento. A pesar de su prontitud habían sido más solícitos para abrir los Santos Angeles. Creyeron ver dos fantasmas; pero dándoles valor José, los reprendió por su poca fe, mandándoles expresamente que nada dijeran de aquello. A pesar de la orden, no tardó mucho en divulgarse, y para librarse de las aclamaciones de los piadosos habitantes de Norcia, salió secretamente para Narni y Roma.

Llegó un día anegada en llanto la mujer de Pablo Ulmita. No había podido hasta entonces dar á luz con felicidad á ninguno de sus hijos, y todas las veces estaba á punto de morir. La consoló José, la animó para que tuviera fe, la bendijo, haciendo sobre ella la señal de la cruz, y diciéndole. Alégrese V., hija mía, ya no tendrá ningún aborto. En efecto, en adelante dió á luz con felicidad todos sus hijos.

En 1633, sedujo el demonio á uno de sus hijos, sugiriéndole vivos deseos de volver á Nápoles, su patria: no tenía el Padre Silvio Mattei más que veintiocho años. Hízole comprender el Santo que era una ilusión de Satanás, y fué vencida la tentación para volver más tarde con mayor violencia. Por segunda vez se empeñó José en probarle que quería perderle el demonio, que la patria del Religioso es el cielo, y que no sabemos si podremos contar con tiempo suficiente para ganarlo. Mas viéndolo insensible á todas sus amonestaciones, le dijo: «V. R., Padre Mattei, quiere ir á Nápoles sólo por ver su patria y á sus padres que ninguna necesidad tienen de V.: es contra la voluntad de Dios, vaya V. R.; pero sepa que no verá ni su patria ni á sus padres, y que morirá sin conseguirlo». No hizo caso Mattei de aquella profecía; se embarcó en un jabeque, y llegó con toda felicidad á Gaeta donde supo que había muerto su padre. Asustado, continuó su viaje, pero fué presa de una fiebre horrible, de modo que al desembarcar en Nápoles hubo que llevarle á su casa en una silla bien cerrada sin poder contemplar la belleza de su patria. Tuvo el tiempo preciso para hacer escribir al P. General pidiéndole perdón de la falta y su santa bendición, muriendo piadosamente, fortalecido con los Sacramentos de la Iglesia.

El Hermano Juan Tagliaferri, sacristán de San Pantaleón, encontró una mañana á los Religiosos, y les dijo grandemente sorprendido: Vean VV. RR. lo que me ha sucedido. Vengo de la habitación de nuestro Padre General. Esta mañana he dado al Ecónomo para las necesidades de la casa todo el dinero que había en esta caja: la había vuelto de arriba á bajo, como ahora, porque nada había quedado. Me manda decir el Padre General que dé á un pobre algunas monedas, y le he contestado

que no quedaba nada: segunda vez me ordena que haga lo que me dice. He tomado la caja, la he llevado á su habitación para que viera con sus propios ojos que nada quedaba, y la he sacudido al ir, sin que hiciera el menor ruido. Vea V. P., le he dicho, que aquí no hay nada.—Está bien, pero abra V. la caja, y dé lo que he ordenado.—La he abierto por obedecer, pero sin poder contener la risa, y ¡cuál no habrá sido mi sorpresa, cuando he visto que estaba tan llena como en la mañana! Evidentemente es milagro muy grande, porque estoy absolutamente seguro de que momentos antes no había nada».

Habiendo llegado un sacerdote pobre á pedir una limosna á José, mandó éste al Ecónomo que le diera algunos panes. No hay más que para los enfermos, le contestó. «Vaya V., replicó el Santo, dé la limosna á ese sacerdote; Dios atenderá á las necesidades de los enfermos, porque á Dios se da lo que se da á los pobres. ¿Sabe V. acaso, si no está oculto Jesucristo bajo esos hábitos deshechos?» Obedeció el Ecónomo, pero de mala gana y lentamente. «Vaya V. aprisa» le dijo el Santo. Se marchó el sacerdote, llevándose el último pan que había en casa; pero apenas pasó tanto tiempo como había empleado el Hermano en dar la limosna, se presentó una hermosa señora llevando sobre su cabeza una canasta de riquísimo pan. Mandó llamar José al Ecónomo, y le dijo: «Vea V. como nos devuelve en abundancia el Señor lo que le hemos dado; pero ha tardado el mismo tiempo que V. en ejecutar mis órdenes». El Santo que jamás miraba á la cara de las mujeres, se hacía cruces, diciendo: «Jesús, Jesús, ¡que venga tan gran señora cargada de tanto pan para nosotros!» Recibió José la canasta, y al volverse para darle las gracias, ya había desaparecido; se creyó que era un ángel enviado por Dios.

Siendo el P. García Superior y Maestro de Novicios en Monte Caballo, tocaron la campana en la portería, cuando los Padres estaban para terminar la oración en el coro. Después de pedir, según costumbre, la bendición al Superior, corrió el portero á abrir, pero nadie había en la puerta. Al pasar por delante de la cocina, vió que salían llamas como de un horno ardiendo: estaba quemándose todo el departamento. Corrió á avisar al P. García, que, tomando al cocinero y al portero, se dirigió corriendo á la cocina. Ya se había propagado el incendio á la sala contigua, y amenazaba á toda la casa. Comprendiendo que serían inútiles los esfuerzos de los tres solos, tocaron la campana del horario, y acudieron todos los Religiosos á apagar el fuego.

Se enviaron al punto dos Novicios á San Pantaleón, y mientras llegaba José, continuaron llevando agua en abundancia, pero sin obtener resultado alguno: el incendio aumentaba siempre. Los Novicios que habían corrido mucho llegaron sin aliento, echándose á los pies del P. General. Los escuchó con toda tranquilidad y con el semblante muy sereno, diciéndoles son-

riendo: «Vuelvan Vdes., que no es nada. Si hubieran continuado la oración, no les hubiera engañado así el demonio. Digan á los Religiosos que vuelvan á la oración, pues aquel fuego no es fuego». Dejando el incendio los novicios obedecieron al punto, y al irse, oyeron al demonio que reía á carcajadas, porque los había engañado. Desapareció el fuego sin haber dejado señal alguna.

Poco tiempo después se renovó el mismo milagro en San Pantaleón. Parecía que se abrasaba toda la casa. Asustados los Religiosos, corrieron al cuarto de José, que estaba hablando con el P. García: «Vaya V. R. á hacer sobre el fuego la señal de la cruz», le dijo. Obedeció el P. García, y desapareció el fuego, comprendiendo todos que había sido una ilusión del demonio. Grande fué la tristeza de José que veía en aquello un aviso del incendio con que el demonio se había propuesto destruir su Orden.

Ante semejantes prodigios, aumentaba más y más la estimación de sus buenos Religiosos, que consideraban un Santo á su Superior, recogiendo con respeto sus reliquias, y guardándolas para hacer ellos también milagros. El 2 de mayo de 1635 había enviado á Nápoles dos sacerdotes profesos y tres hermanos, que se embarcaron en compañía de otros pasajeros. Después de breve, pero peligrosa navegación, se vieron obligados á desembarcar en el lugar llamado el Angel de Pablo, al abrigo de unas ruinas antiquísimas. Pasaron muchos días sin tener donde refugiarse, expuestos á una lluvia torrencial, por lo cual se vieron obligados á seguir la marcha. Mas apenas llegaron á alta mar, á la altura del monte Circolo, les sorprendió furiosa tempestad. Sacudido el jabeque por las olas que parecían montañas, iba pronto á estrellarse contra las rocas; encomendábanse á Dios el capitán, los marineros y pasajeros, perdida ya toda esperanza. Entonces, lleno de fe el Hermano Ricardo, que llevaba algunos cabellos del Santo General, los dió al P. Vicente Berro, para que, como sacerdote, hiciera uso de ellos para bendecir el mar. Invocando todos á la vez á José, levantó el Padre las manos al cielo, bendijo las olas, y arrojó al mar algunos cabellos. En el mismo momento cesó instantáneamente la tempestad, calmáronse las olas, se serenó el cielo, y llevados por viento favorable, llegaron felizmente á Gaeta, y poco después á Nápoles.

Estando gravemente enfermo en Nápoles el P. Miguel Betlieri, escribió á su Padre General, pidiéndole que rogase á Dios por él. Recibió José la carta en miércoles, oró por él, y el jueves estaba enteramente sano. La carta del Santo en que le anunciaba su curación llegó, cuando el enfermo estaba ya ocupado en su oficio.

Quizá sea el siguiente milagro el mayor de los que hizo José. En la Pascua de 1636, recibió Calasanz la visita de Mateo Judiski, Canónigo de la Metropolitana de Guesna, y Arcediano de la Catedral de Cujavia, en Polonia. Había salido de esta última

ciudad hacia fines de mayo de 1635 con el señor Tucinski, Gobernador del Castillo de Posnania y Senador del Reino de Polonia que á los ochenta años se dirigía á Padua para ponerse en manos de los médicos. Hacían el viaje á jornadas cortas, por la edad y estado de aquel señor, y acompañados de la servidumbre. Mas á principios de junio, llegaron á Nicolsbourg, y admiraron el celo y los éxitos de la nueva Orden de que hallaba todo el mundo en Moravia. Y fué mayor aún su asombro, cuando oyeron hablar de la rara santidad y de los prodigios del Fundador. Los dos sintieron ardientes deseos de ir á Roma á verle. Se detuvieron muy poco en Padua, y después de la primera consulta, se dirigieron á Roma. Llegados á Loreto, atacado de nueva enfermedad Tucinski, no pudo pasar adelante. Mandó al Arcediano á suplicar á nuestro Santo que le obtuviera de Dios la salud de su alma y además un hijo varón para su hijo que hacía muchos años que estaba casado, y no tenía más que hijas, lo que haría pasar su Ducado y sus dominios á sus parientes que eran herejes y grandes perseguidores de la fe. Muy cristiana era aquella doble petición, porque el Sr. Tucinski había sido también hereje en otro tiempo, y habiéndose convertido, habíale jurado sus parientes odio eterno, llegando en varias ocasiones hasta intentar asesinarle, viéndose obligado á tomar las armas contra ellos. Sus vasallos habían vuelto todos á la fe católica, y si moría su hijo sin heredero, quedaría su obra comprometida para siempre. Esperaba, pues, que José se interesaría por un negocio que nada tenía de humano, y que era todo para la gloria de Dios.

Fué presentado el Canónigo al Bienaventurado Padre el miércoles de Pascua, 26 de marzo de 1636, mas á pesar de la vehemencia de sus instancias, á pesar de cuanto hizo y dijo, con asombro grande suyo, José que era profundamente humilde no quiso encargarse de aquel asunto, diciendo que era muy gran pecador para dirigir á Dios semejantes peticiones. Sorprendido ante tanta humildad, y reconociendo el Arcediano que la santidad del Padre era muy superior á cuanto se le había dicho, sintióse penetrado de amor, de veneración y sobre todo de esperanza de que le escucharía Dios por los méritos de su siervo. Al día siguiente volvió á san Pantaleón, defendió con elocuencia la causa de su Señor, el peligro en que se hallaban aquellas almas poco firmes todavía en la fe; insistió mucho tiempo sin poder vencer la humildad de nuestro Santo. Por el contrario, José se esforzaba en probarle que era gran pecador, incapaz de convertirse él mismo, pidiéndole con lágrimas que rogase por su conversión. No se desalentó el buen Canónigo, volvió tres días después acompañado del señor Grealicio, sacerdote y caballero polaco, que vivía en Roma. Esta vez, en lugar de contradecir á José, comenzaron por expresarse como él, y le dijeron que, aunque fuera gran pecador, no podía en conciencia negarse á orar por los que tenían gran confianza en

sus oraciones, y, sobre todo, en las de sus Religiosos y de sus niños. Movido José por fe tan grande, ya no tuvo valor para despedirlos sin consuelo: prometiéndoles que recomendaría su petición á sus Religiosos, que haría orar por ellos, que tomarían la disciplina y se ejercitarían en otras prácticas por las intenciones del señor Tucinski. Suplicóle el Arcediano que se apurase un poco, porque tenía necesidad de volver á Loreto para tener noticias de su enfermo que había dejado en estado tan triste. Y más todavía, quería volver cuanto antes á Polonia, pues temía que hubiera muerto en ausencia suya, Mgr. Lubinski (1) su Obispo, que ya tenía 70 años. Suplicaba también que tuviese presente á aquel Prelado en sus oraciones por el señor enfermo. Pidióles José que volvieran después de tres días, y que reclamasen el concurso de algunas personas piadosas. Pasados los tres días, fueron muy exactos en acudir á la cita, y conduciéndolos nuestro Santo á su Oratorio privado, les dijo: «Aunque pecadores, hemos pedido como eran vuestros deseos, y nos ha escuchado la Bondad de Dios. Os anuncio de parte de Dios, que jamás ha abandonado á los que en él han depositado su confianza, que ya no está enfermo el Señor Tucinski que después de su curación se ha dirigido á Bolonia donde lo espera á V. La bondad de nuestro Señor Jesucristo os ha concedido la segunda gracia, y puede usted decir al señor Tucinski que á su vuelta á Polonia tendrá noticias de un niño varón que dará Dios á la esposa de su hijo: y si se conserva en el temor de Dios, tendrá dos hijos más. En cuanto al señor Lubinski, nada tema usted por él; está bueno, y pasará de los ochenta años. Será un gran Prelado, porque es gran siervo de Dios.» No dudó de la realización de todas sus promesas el Arcediano, que sabía todo lo santo que era su obispo, y que José no había podido oír hablar de él. En efecto, llegó á Bolonia, y halló sano á su señor: y al fin del estío, estando aún en Italia tuvieron noticia del nacimiento de un hermoso niño teniendo aquel Señor la felicidad de ver segundo y tercero en los años siguientes. En cuanto al señor Lubinski, llegó á ser Arzobispo de Guesna, y Primado del Reino, viviendo ochenta y tres años.

Escribió á José un Religioso de Palermo que obtuviese del Señor un hijo para el Conde Brancinforte de Ragarmuto á quien habían declarado impotente los médicos. Mandóle decir nuestro Santo que confiase en Dios, que le pidiese humildemente, y que primero tendría una hija, después un hijo, y después muchos otros hijos: lo cual se realizó por completo.

El P. Alacchi escribía desde Mesina á su General para darle cuenta de una fundación, pidiéndole órdenes. Quiso entregar la carta á un Señor llamado Juan Rosa que debía partir para Ro-

(1) Ha habido en la actualidad un Obispo del mismo nombre. Mgr. Constantino Lubinski, Obispo de Augustow, amigo íntimo nuestro, condenado á Siberia, y envenenado en el camino por orden del Czar.

ma al día siguiente, á quien dió de palabra todas las explicaciones para su Superior. Escrita la carta, la llevó el Padre á casa del Señor Rosa, y como no estaba, la entregó á un sirviente. Cuando llegó Rosa, se fijó en el sobre, y vió que no era del P. Alacchi para su General que estaba en Roma, sino que era una carta de Roma dirigida á Mesina al P. Alacchi. Creyó con toda naturalidad que el P. Alacchi se había equivocado, y había dejado por descuido una carta que había recibido antes de Roma, y se la devolvió para que le entregase la verdadera carta. Extrañóse mucho el P. Alacchi, porque estaba seguro de haber llevado su misma carta; pero mayor fué el asombro de ambos, cuando, abriendo la carta llegada de Roma, vieron que era de puño y letra del Santo, y que contestaba en ella punto por punto á cuanto se le preguntaba. Comprendieron que habían servido de mensajeros los ángeles, para llevar en un momento la carta á Roma, trayendo con la misma diligencia la respuesta á Mesina.

Otra vez estaba enfermo de tabardillo con continuos vómitos que inutilizaban todos los remedios, el Señor Bernardino Biscia á quien, como hemos visto, había curado ya dos veces nuestro Santo: tenía además gran dolor en el hombro. A petición del Cardenal Biscia y familia fué José á la casa del enfermo, hizo oración junto á su cama, le tocó el hombro, y desapareció instantáneamente el dolor: bendijole después, prometiéndole que quedaría pronto curado. Apenas salió de la habitación nuestro Santo, cuando pidió de comer Bernardino, y hacía muchos días que no hacía más que vomitar: estaba enteramente sano.

Con solicitud especial atendía José á la perfección de todos los Religiosos: no quería ver en ellos imperfección alguna; quería que á lo menos tuvieran sinceros deseos de corregirse. El Padre Chivechetti decía la misa con ridícula afectación: levantaba y bajaba la voz, la media con cuidado, y sentía vana complacencia viendo el gusto con que le oían las Señoras y Caballeros: era más bien error de inteligencia que de corazón. Advirtióselo José varias veces inútilmente, y por fin le dijo: «No quiere corregirse V. R., Dios le castigará.» En efecto, desde aquel día, apenas comenzaba la misa, era presa de tan extraordinario temblor, que no podía celebrar en público. Terminado el Santo Sacrificio, concluía también la emoción. Yendo de viaje, se alojó en un Convento de PP. Capuchinos: al día siguiente debía decir muy temprano la misa antes de ponerse en camino, y había de asistir sólo su compañero para ayudarle. Creyendo honrarle el P. Guardián, envió á aquella misa á todos los Religiosos jóvenes del Convento, pero sintió tal emoción el pobre enfermo, que padeció todo lo indecible para concluir. Habiéndolo advertido todos, les confesó la causa de aquel castigo predicho por el Padre General.

Muchas veces había pedido el P. Antonucci permiso para ir á Frascati á ver á sus padres, y siempre se lo había negado el

P. General. En mayo de 1637, instando de nuevo extraordinariamente, le dijo José: «Está V. R. empeñado en ir á Frascati para ver á sus padres, pero tenga presente que no han de gozar mucho con su visita.» En efecto, marchó, cayó enfermo, y murió en el mes de agosto, dejando á sus padres en el mayor desconsuelo.

Había enviado José al P. Lenci á Mesina en compañía de un Clérigo y de un Coadjutor. Fuéles al principio muy favorable el tiempo hasta Nápoles; pero al atravesar el Golfo de Salerno, una tempestad, de las que tanto abundan en el equinoccio, era el 5 de marzo, puso muy pronto al jabeque en el mayor peligro. Queriendo un marinero recoger la vela mayor cayó al mar sin que nadie lo advirtiera. En tan inminente peligro, todos, marineros y pasajeros se encomendaron á Dios, como se hacía en aquellos tiempos de fe, y excitándolos el P. Lenci á la confianza, imploró el auxilio de San Felipe Neri y de San José, que les había mandado que hicieran aquel viaje. Después arrojó al mar algunos cabellos del bienaventurado Padre que en aquel momento presidía una reunión de Religiosos en el Oratorio de San Pantaleón. De repente interrumpió José la reunión, y dijo: «Rece-»mos por caridad un Padrenuestro y un Avemaria por algunos »de los nuestros que se encuentran en gran necesidad.» Al instante, en el mismo momento en que se hacía esta oración, y en que caían al mar los cabellos, cesó la tempestad, y las aguas volvieron á su estado natural. Sólo entonces echaron de menos al marinero que había caído al mar hacia media hora. Desconsolados todos se pusieron á orar, y el P. Lenci invocó á San Felipe Neri y á San José, oyéndose en el acto una voz que decía: «No dudéis que se salvará.» Se vuelven hacia el lado de donde venía la voz, y todos vieron á lo lejos una gran luz, en medio de la cual se hallaban los dos Santos teniendo sobre las aguas al marinero que ni aun se había mojado los vestidos.

Permitióse un Religioso de Mesina hacer señal un día en el comedor en presencia del Superior, lo que está prohibido por la Regla y por la Urbanidad. Poco después, recibió de su Padre General una carta de reprensión y como era de todo punto imposible que hubiera llegado á Roma aquella noticia por la vía ordinaria, reconocieron todos que los ángeles revelaban inmediatamente al bienaventurado Padre las faltas de sus inferiores.

El 6 de octubre de 1638, entraron juntos tres jóvenes en el Noviciado de Roma. Los presentaron al P. General, que recibió á los dos primeros con muestras del más tierno cariño, mientras que al tercero no le dirigió la palabra, y ni aun siquiera lo miró. Quedaron todos muy apenados, no comprendiendo la conducta de su Superior, tan cariñoso siempre con sus hijos; pero no tardaron en salir de su asombro, cuando se descubrió que aquel Novicio era un impostor que ninguna intención tenía de quedarse en las Escuelas Pías, por lo cual fué pronto despedido. Está

atestiguado este hecho por el P. Caputi, uno de aquellos tres Novicios, el cual, postrado un día á los pies de San José, vió su rostro como iluminado por un rayo de sol.

Se quería ensanchar el Noviciado de Monte Caballo, y ya en 1635 había pedido permiso para comenzar las obras el Padre Fidel, Superior de aquella casa. José le contestó titubeando. «No es oportuno edificar en ese lugar, porque pronto ya no nos pertenecerá». Y como le objetase el P. Fidel que se había comprado con toda legalidad aquel sitio. «No importa, dijo el Santo, lo querrán los Sres. Barberini», Procuraron adquirir noticias, y no tardaron en convencerse de que ni habían pensado en aquel lugar los poderosos príncipes Barberini. Quedaron bien seguros los Religiosos, y en el segundo Capítulo General se decidió que se comenzasen las obras. El P. Spinola, nuevo Maestro de Novicios, reunió gran cantidad de cemento, de arena, de ladrillo, de piedra y de puzolana, é instaba mucho á su General para que hiciera levantar los planos para comenzar cuanto antes la obra. No queriendo nuestro Santo oponerse al Capítulo General, condescendió, y él mismo fué al lugar con tres Religiosos muy hábiles en arquitectura para que hiciera cada uno su plano, debiéndose adoptar el mejor. Como ya tenía ochenta y tres años, se sentó colocándose á su lado el Hermano Caputi. «¡Qué inútilmente, le dijo, trabajan estos pobres Padres! porque no hemos de edificar; pero vale más dejarlos». Y como no podían estar acordes en la mensura, y volvían á comenzar constantemente, añadió: «Hagan y digan cuanto quieran, no se ha de edificar aquí.—Entonces, dijo el Hermano Caputi, ¿qué haremos de tantos materiales reunidos á tanta costa?—Como buenos Religiosos, dijo José, debemos someternos á la voluntad de Dios, y esperar su determinación». Se realizó la predicción del Santo, como veremos en otro lugar, y los príncipes Barberini se apoderaron de aquel Noviciado.

Mientras estaba sentado, dejó caer José sus anteojos, y el Hermano Caputi los recogió en un escondrijo para guardarlos como reliquia. Creíase muy seguro, pues nadie lo había visto; pero en el momento de partir, le suplicó el bienaventurado Padre que le restituyera los anteojos que no servían para su vista, ofreciéndole otros, si los necesitaba: después le recomendó sonriendo que nunca tocase los bienes ajenos. Encantadora escena de intimidad que nos revela la veneración de los hijos, y la amable sencillez del Padre.

En el mes de diciembre de 1638 llegó al último extremo el P. Sorbini, Vicerrector del Colegio Nazareno. Mandóle decir nuestro Santo que se dispusiera para marchar, pues tenían necesidad de él en Cesena. Desapareció, en efecto, la enfermedad, pero quedó tan extenuado y débil, que obligarle á partir era lo mismo que mandarlo á la muerte. Para nada tuvo en cuenta el General aquellos temores, hizo que se pusiera en viaje, y el Padre Sorbini se halló enteramente curado.